



El yaguar en la selva venezolana. (Foto cortesía del Dr. Félix Rodríguez).

Entre los diferentes felinos que ocupan parte del territorio nacional, el yaguar o tigre americano (*Felis onca*) es el de mayor tamaño y también el que se encuentra en mayor peligro de extinción.

La implacable persecución de que ha sido víctima esta especie ha reducido significativamente su población, a tal punto que hoy día es muy difícil encontrar algún ejemplar donde antes era frecuente observarlos. Esta desaparición paulatina se debe, por una parte, al elevado valor a que está cotizada en el mercado peletero la hermosa piel de este animal y, por otra, a la cacería que le han montado los ganaderos por temor a que el yaguar ataque a los rebaños.

El nombre de yaguar se origina del término indígena "yaguara" y de allí, como afirma el profesor Trebbau, que se le debe llamar yaguar y no jaguar. En nuestros indios este poderoso animal infundía respeto, temor e incluso culto. Era admirado por su modalidad de cazar siempre en solitario y de una manera por demás astuta, ágil, sorpresiva y feroz. Conjuntamente con el puma (*Felis concolor*) competía por el dominio de las cadenas alimenticias (tróficas) de vastas regiones del país. El yaguar, sin embargo, aventaja al puma por su increíble ductilidad; es decir, su capacidad para ocupar ambientes (biotopos) muy diferentes, donde puede variar o acomodar su dieta de

acuerdo a los lugares donde exista mayor número de presas.

En nuestro país tiene especial preferencia por los bosques de galería y la región selvática del Orinoco, donde hoy se encuentra la mayor parte de las poblaciones, pues en los que son ambientes abiertos—como las zonas cultivables, las sabanas, llanos y desiertos donde era común verlos—prácticamente han sido exterminados.

#### CARACTERÍSTICAS

El peso promedio de este felino en estado adulto oscila entre 100 y 120 kilogramos aunque algunos cazadores se jactan de haber matado ya-

guares con 180 kilogramos. La longitud total oscila entre 1,6 y 2,3 metros, existiendo, al igual que en el caso del peso, buena dosis de exageración en cuanto al tamaño.

El yaguar tiene especial preferencia por deambular en torno a los cursos de agua por ser estos lugares donde más acuden sus presas favoritas, entre ellas el chigüire, venados, váquiros, tortugas y perros de agua. Durante el día permanece casi siempre escondido entre los arbustos, en lugar fresco y preferentemente donde no exista abundancia de insectos que perturben el solaz descanso. Para demarcar su autoridad en el territorio—del cual es celoso defensor—eventualmente se despereza y emite dos o tres rugidos que estallan en la selva como una estampida que pone en alerta y en fuga a numerosas aves y mamíferos, entre éstos a otros yaguares de territorios contiguos a quienes les está vedado incursionar más allá de sus fronteras. Esta parti-

cularidad de emitir rugidos ha sido, en muchos casos, su puñal de muerte, toda vez que numerosos y hábiles cazadores, que lucran con su piel, imitan perfectamente ese sonido. El animal furioso, creyendo que un congénere ha violado su territorio, acude presto a expulsar al intruso, encontrándose con el fogonazo que le quita la vida. Con esta trampa miles de animales han sido sorprendidos.

Otras señales que utiliza el yaguar para demarcar su territorio son los arañazos en los troncos de los árboles y la deposición de orina y excrementos en la línea concordante con los límites de su predio. Este señalamiento de sus dominios se acentúa durante el apareamiento y la crianza de los tigritos.

Normalmente el apareamiento dura poco tiempo, en vista de que el macho abandona a la hembra después del parto. La madre proporciona alimento y protección durante por lo menos el primer año de vida a los dos,





tres y hasta cuatro cachorros de aproximadamente 6 kilos que pare. Este prolongado período de crianza revela que la hembra se reproduce una vez cada dos años, lo cual es un factor muy importante al considerarse el control de las poblaciones de jaguar en zonas agropecuarias.

### EL JEFE CAZA

En la selva que domina el jaguar como principal depredador, todos los demás animales intentan, de alguna manera, pasar inadvertidos. Desde los insectos hasta las especies más grandes parece existir una tendencia natural al disimulo, a pasar desapercibidos o a parecer otra cosa de la que realmente son.

En el caso del jaguar, cuando se dispone a cazar sus armas son la sorpresa y el silencio. Aparece en forma inesperada en el lugar menos sospechado por la víctima. Mantiene envainadas las poderosas uñas, de

manera que las plantas de sus pies se deslizan con el mayor sigilo, como felpas de terciopelo, sobre hojas, troncos y ramas del suelo. Su pelaje pardo se confunde mucho con el color de la tierra y de los troncos secos, lo cual le confiere una ventaja (el homocromatismo) que la sabe aprovechar muy bien como camuflaje. Además de las presas preferidas que antes enunciamos, ataca también a la danta, monos, reptiles, perezas, pájaros, peces y hasta a frutos silvestres en los días de mala cacería. Como en la intrincada selva los espacios no son muy amplios y además lo tupido de la vegetación sirve de escondrijo a los animales que persigue, el jaguar utiliza entonces como técnica—al igual que el leopardo africano—la posta en una rama que le sirve de atalaya para abalanzarse sobre la presa desprevenida. Otras veces se oculta entre la vegetación cercana a los ríos o bebederos de sus presas favoritas.

El punto de ataque del jaguar es siempre el cuello, donde muerde con fuerza y sostenidamente hasta asfixiar el animal. Luego lo arrastra hasta algún escondite para evitar que otros animales carroñeros interfieran la ceremonia de su alimentación. Y es que este carnívoro se comporta de manera extraña después que ha escondido la comida, pues no la devora inmediatamente, sino que se aleja del lugar y se dirige al bebedero más cercano donde ingiere apreciable cantidad de líquido. Posteriormente hace un recorrido por sus dominios, como para cerciorarse de que no hay competidores, y más tarde se sienta en las inmediaciones donde está oculta la comida. No la consume inmediatamente, sino que se espera cierto tiempo, después del cual se anima a comer con una lentitud y parsimonia dignas de un rey de la selva.

### PERCANCES

Pero no siempre el carnívoro más temido de la selva sale victorioso en las jornadas de cacería. Algunos estudios revelan que el porcentaje de aciertos apenas alcanza un poco más del 30 por ciento, lo cual es un récord que no impresiona mucho. Concurren muchos factores para esta baja efectividad cinegética, como pueden ser: su relativamente baja velocidad, debido al gran peso de su cuerpo; el aviso que pueden proporcionar su olor, el chasquido de alguna rama o las aves en lo alto de los árboles; el agua, donde el jaguar no es muy diestro en el nado; y la unión de fuerzas de que hacen gala algunas especies para combatirlo. En este último caso están las manadas de váquiros, constituidas a veces por 30 ó más animales, quienes arman severos ataques contra el jaguar si éste arremete contra alguno de los miem-

bros de la camada. Existen relatos de zoólogos y exploradores que narran la tragedia—y comedia a la vez— del cazador cazado.

Otros percances que sufre el jaguar en las tareas de satisfacer su apetito, son: intentar la captura de una perezosa trepando hasta la rama que no soporta su peso; pretender doblegar los poderosos garfios del oso hormiguero; meterle el diente a las punzantes púas del puerco espín; intentar romper el recio caparazón de la tortuga de tierra o entablar combate con una anaconda. En alguna de estas afrentas el jaguar puede salir triunfante, pero lo más probable es que salga malparado, herido e incluso muerto.

Por otra parte, como se mencionó antes, es un hecho el alto peligro de extinción del jaguar en Venezuela. La despiadada cacería en áreas donde rigen actividades humanas o en la

selva virgen es una acción vil, más aún cuando se trata de adquirir trofeos a costa de su desaparición. No faltan tampoco los coleccionistas de cabezas que ostentan en paredes y pisos de su residencia las "hazañas" del saqueo que hacen con la fauna silvestre. Cada vez se reducen más los territorios donde nuestra fauna puede vivir en paz. El hombre les ha declarado la guerra. Y aun el más poderoso y espectacular carnívoro del continente americano no puede resistir esa avanzada destructiva. Quedan pocos. Y esos pocos parecen estar más en la mira de las escopetas que en el refugio proteccionista. Multipliquemos pues el mensaje de resguardo a nuestra fauna para que las futuras generaciones no tengan que acusarnos de ver los animales solamente en películas o en fotografía.



En persecución de una presa.

